

La loba

Por Giovanni Verga

Era alta, delgada, con los senos firmes y vigorosos aunque ya no era joven; era pálida, como si tuviera encima la malaria, y en esa palidez unos ojazos grandes y los labios frescos y rojos, devoradores.

En la aldea la llamaban La Loba porque jamás se saciaba con nada. Las mujeres hacían la señal de la cruz al verla pasar, sola, como perra roñosa, con el paso suspicaz y vagabundo de loba hambrienta. Con sus labios colorados consumía a sus hijos y a sus maridos en un abrir y cerrar de ojos, y se los traía al trote tras sus polleras con su sola mirada de Satanás, como si estuvieran ante el altar de Santa Agripina.

Por fortuna, La Loba jamás iba a la iglesia en Pascua ni en Navidad, ni a oír misa ni a confesarse. El padre Angiolino de Santa María de Jesús, un verdadero siervo de Dios, había perdido su alma por ella.

La pobre Maricchia, tan buena muchacha, lloraba a escondidas porque era hija de La Loba y ninguno quería casarse con ella, a pesar de tener un buen ajuar y su buena tierra soleada como cualquier otra muchacha de la aldea.

Una vez La Loba se enamoró de un hermoso joven que había sido soldado y segaba el heno con ella en las tierras del notario; pero se enamoró lo que se dice enamorarse, sentir que las carnes le ardían bajo el fustán del corpiño, y sentir, mirándolo a los ojos, la sed que se sufre en las horas calientes de junio en el fondo de las llanuras. Sin embargo, él seguía segando tranquilamente, la nariz inclinada sobre los haces de espigas y le decía:

—¿Eh, qué le pasa, doña Pina?

En los campos inmensos, donde sólo destellaba el vuelo de los grillos, cuando el sol caía a plomo, La Loba hacinaba montón tras montón, gavilla sobre gavilla, sin cansarse jamás, sin erguirse un

solo momento, sin acercar sus labios a la garrafa a fin de no alejarse ni un instante de Nanni, que segaba y segaba, preguntándole de cuando en cuando:

–¿Qué quiere, doña Pina?

Una noche se lo dijo, mientras los hombres dormitaban en la era, cansados de la larga jornada, y los perros aullaban por la vasta campiña negra:

–¡Te quiero a ti! A ti, que eres hermoso como el sol y dulce como la miel. ¡Te quiero a ti!

–En cambio, yo quiero a su hija, que es soltera –respondió Nanni, riendo.

La Loba se llevó las manos a la cabeza, arañándose las sienes sin decir palabra, y se marchó. No volvió a aparecerse en la era. Pero en octubre volvió a ver a Nanni, el mes en que se extrae el aceite, porque él trabajaba junto a su casa y el rechinar de la prensa no la dejaba dormir durante toda la noche.

–Toma el costal de aceitunas y ven conmigo –le dijo a su hija.

Nanni empujaba las aceitunas con una pala para que éstas cayeran bajo la muela, gritando "¡Arre!" a la mula, para que no se detuviera.

–¿Quieres a mi hija Maricchia? –le preguntó doña Pina.

–¿Qué le va a dar usted a su hija Maricchia? –respondió Nanni.

–Tiene lo que le dejó su padre; además le doy mi casa. A mí me bastará con un rincón en la cocina, donde pueda tenderme en un jergón.

–De ser así, ya hablaremos de eso en Navidad –dijo Nanni.

Nanni estaba totalmente sucio y embarrado de aceite y aceitunas puestas a fermentar, y Maricchia no quería saber nada de él; pero su madre la agarró por los cabellos frente al fogón, y le dijo rechinando los dientes:

–¡O te casas con él o te mato!

La Loba estaba casi enferma, y la gente andaba diciendo que cuando el diablo envejece se vuelve ermitaño. Ya no andaba en todas partes, ya no se paraba bajo el umbral de su casa, con aquellos

ojos de endemoniada. Cuando lo miraba cara a cara, su yerno se echaba a reír y sacaba el escapulario de la Virgen y se persignaba.

Maricchia se quedaba en la casa amamantando a los hijos, y su madre se iba al campo a trabajar con los hombres, como cualquier hombre, a escardar, a escarbar, a arrear las bestias, a podar las parras, aunque soplara el céfiro en enero o el siroco en agosto, cuando los mulos andaban con la cabeza gacha y los hombres dormían de bruces al abrigo de los muros.

En las horas que van de la víspera a la medianoche, en las cuales ninguna mujer sale sola, La Loba era la única alma que se veía vagar por el campo, sobre los guijarros ardientes en los senderos, entre los rastrojos calcinados de la inmensa llanura que se perdía en el sofoco, lejos, lejos, hacia el Etna brumoso, donde el cielo se espesaba en el horizonte.

–¡Despiértate! –le dijo La Loba a Nanni, que dormía en una zanja, junto a un matorral polvoriento, con la cabeza entre los brazos–. Despiértate, que te traigo vino para que te refresques la garganta.

Nanni abrió de par en par los ojos atontados, entre dormido y despierto, y se la encontró allí adelante, derecha, pálida, con el pecho dominante y los ojos negros como el carbón, extendiéndole sus temblorosas manos.

–¡No! ¡No sale sola de noche mujer decente entre vísperas y medianoche! –sollozaba Nanni, hundiendo la cabeza entre las hierbas secas de la zanja, mesándose los cabellos–. ¡Váyase, váyase! ¡No vuelva nunca a la era!

Y La Loba se marchaba, amarrándose las trenzas soberbias, mirando fijamente el sendero y el rastrojo caliente, con sus ojos negros como el carbón.

Pero La Loba volvió a la era muchas veces, y Nanni ya nada le dijo. Más aún, cuando tardaba en llegar, en las horas que van entre vísperas y medianoche, él iba a esperarla en lo más alto de la vereda blanca y desierta, con la frente perlada de sudor; y después volvía a mesarse los cabellos y a gritarle de nuevo:

–¡Váyase, váyase! ¡No vuelva más a la era!

Maricchia lloraba día y noche, y se quedaba mirando a la madre con los ojos quemados por el llanto y los celos, como una lobezna, cuando la veía regresar del campo, pálida y muda.

–¡Malvada! –le decía–. ¡Madre malvada!

–¡Cállate!

–¡Ladrona! ¡Ladrona!

–¡Cállate!

–¡Voy a ir a la policía! ¡Voy a ir!

–¡Pues ve!

Y fue de verdad, cargando a los hijos, sin miedo alguno y sin derramar una lágrima, como una loca, porque ahora ella también amaba al marido que le dieron a la fuerza, sucio y embarrado de aceitunas puestas a fermentar.

El sargento mandó llamar a Nanni; lo amenazó con mandarlo a la cárcel y luego a la horca. Nanni solamente se arrancaba los cabellos y sollozaba. No negó nada; pero tampoco intentó disculparse.

–¡Es la tentación! –decía–. ¡Es la tentación del infierno!

Se arrojó a los pies del sargento, suplicándole que lo mandara a la cárcel.

–¡Por caridad, señor sargento, líbreme de este infierno! ¡Ordene que me maten o que me manden a prisión! ¡No me deje volver a verla nunca! ¡Nunca!

–¡No! –respondió La Loba al sargento–. Yo me reservé un rincón en la cocina para dormir cuando se la di de dote. ¡La casa es mía! ¡Yo no me voy!

Poco después, una mula pateó a Nanni en el pecho, y estuvo a punto de morir; pero el párroco no quiso llevarle los santos óleos si La Loba no salía de la casa. La Loba se marchó y su yerno pudo prepararse entonces para dejar este mundo como buen cristiano; se confesó y comulgó dando tantas muestras de contrición y arrepentimiento que todos los vecinos y curiosos lloraban frente a la cama del moribundo.

Y más le hubiera valido morir ese mismo día, antes de que el diablo volviera a tentarlo y a clavársele en el alma y en el cuerpo cuando sanó.

–¡Déjeme en paz! –le decía a La Loba–. ¡Por caridad déjeme en paz! ¡Ya he visto a la muerte con mis propios ojos! La pobre Maricchia está desesperada. ¡Ahora todo el pueblo lo sabe! Dejar de verla es mejor para usted y para mí...

Y hubiera querido arrancarse los ojos para no ver los de La Loba, que cuando se clavaban en los suyos lo hacían sentir que perdía el alma y el cuerpo. Ya no sabía qué hacer para zafarse del hechizo. Mandó decir misas a las almas del Purgatorio, fue a pedir ayuda al párroco y al sargento. En Pascua fue a confesarse, lamiendo seis palmos del atrio, delante de todos, como penitencia. Después, dado que La Loba continuaba incitándolo, le dijo:

–¡Óigame bien! ¡No se le ocurra venir a buscarme a la era! Porque si vuelve a buscarme, ¡como hay un Dios en los cielos que la mato!

–Mátame –respondió La Loba, no me importa. Pero sin ti no puedo vivir.

Cuando volvió a divisarla, a lo lejos, en medio del sembradío verde, dejó de escarbar la viña y fue por el hacha que estaba clavada en un olmo. La Loba lo vio venir, pálido y desencajado, con el hacha que brillaba bajo el sol; pero no se detuvo, ni bajó los ojos, siguió caminando a su encuentro, llevando entre sus manos un manojito de amapolas rojas y comiéndoselo con la mirada de sus ojos negros.

–¡Ay! ¡Maldita sea su alma! –murmuró Nanni.

FIN